Tom. 1. Num. 16. — 121 — 16 de julio de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

FLACOS Y GORDOS.

¡O tú, gloria y honor de los Zorrillas,
de poco, vive Dios, te maravillas!
No me hiciste, traidor, formal promesa
de escribir en *la Risa*?.... si te pesa,
¿porque me has de injuriar tan fiero y crudo?
¿á que viene el llamarme mofletudo?
ni que tiene que ver con mis mofletes
el que no cumplas tú lo que prometes?
¿quieres ponerme en el terrible trance
de que al palenque contra tí me lance,
siendo clásico yo como un tudesco,
y romántico tú? pues ya estás fresco.
¿Y por eso, hombre atroz, hombre lunático,
has de decir que soy un buey asiático?
De quién me he de fiar, Dioses eternos,
si un amigo ¡que horror! me pone cuernos?
Dirás que es amistad de última moda;
pero á mí ¡voto á san! no me acomoda.
Esto no queda así!.... ya el honor mio
me impele á la venganza!... Un desafio
debe lavar tan bárbaro epiteto.
Al arma!.... Al ambigú!.... que allí te reto!....
y la Europa sabrá, Vate inhumano,
quien es el vencedor cuchara en mano.
Disponte á disparar á quema ropa
una y mil veces de Jerez la copa,
hasta que el uno de los dos sucumba,
y el blando lecho sírvale de tumba.
Atruenas con tus gritos á los sordos
hacinando improperios de los gordos:
y de ello yo la consecuencia saco
de que hablas solo así porque estás flaco.
Ya la *zorra*, y es justo lo recuerdes,
contemplando las uvas «están verdes»
dijo por no alcanzarlas su egoismo:
¿qué estraño es que *Zorrilla* haga lo mismo?
Muy convencido estoy, caro Zorrilla,
que á no verte la enjuta pantorrilla
dieras sin duda victoriosa palma
al tercer enemigo de nuestra alma.
Que es el hombre sin carnes? Un vil hueso;
y hombre de solidez, hombre de peso
el gordo siempre fué, bello, robusto,
imágen de elegancia y de buen gusto.
Cierto es que en formacion se ahoga, suda,
y le salta un boton cuando estornuda;
mas si al flaco le ponen de atalaya,
á los cinco minutos se desmaya.
Dices que cuando duerme suena bronca
del gordo la nariz, y tanto ronca
que no hay aguante para tal vocina.
Esta es ventaja grande y peregrina,
pues mientras los demas están en vela
duerme el buen roncador que se las pela.
Supones tú que el gordo es ente lerdo
que debieran rifarle como al cerdo;
mas yo deploro en tan injusta ofensa
ese desbordamiento de la prensa,
pues victorioso responderte puedo
que observes el retrato de Quevedo,
y sus mofletes dejarán confusa
la sardónica risa de tu musa.
Un cardenal sin panza es un milagro,
y apenas ves un solo obispo magro,
ni un gran monarca que no esté repleto...
Siempre el volúmen enjendró respeto.
Hubo un Napoleon: su fama diga
si cabe el heroismo sin barriga;
mas para nuestro eterno desagravio
rollizo estaba don Alfonso el sabio,
y flaco de los pies hasta el cogote
el ridículo y feo don Quijote.

En toda faz robusta se divisa
siempre amable y burlona la sonrisa,

mientras el rostro escuálido es trasunto
de un cesante español ó de un difunto.

El que prefiere la sardina al pollo
ese si que carece de meollo,
pues mientras tenga pavos y gallinas
loco será de atar quien roa espinas.
El sexo bello convencido de eso
y ansioso de agradar, si vé algun hueso
que sale á relucir pronto le oculta,
y ciertas formas cuidadoso abulta,
no queriendo estar de ellas desprovista
la elegante beldad. De la modista
al arte apela caprichoso y vario,
y aumenta el algodon su tafanario.
Sabes, incauto jóven, lo que has hecho
al tomar imprudente tan á pecho
ese ataque feroz á la gordura?
Te compadezco ¡oh flaca criatura!
Si sobre tí se lanza de mi casta
un individuo ¡que dolor! te aplasta
su obesa humanidad, y te domina
transformándote súbito en sardina.

Otra ventaja tiene el hombre gordo,
y es que á toda ironía se hace el sordo,
que ¡vive Dios! es singular ventaja.
Llámanle unos tonel, otros tinaja,
elefante los mas, y mil apodos;
pero se ríe y los desprecia todos,
y engorda, y vive, y muchos años cuenta,
si durante su curso no rebienta..
El hombre flaco rabia á cada instante...
apellídenlo espátula ambulante,
viviente disecado, ánima en pena,
romántica vision, del hambre escena,
cuerpo de anguila, ó alfeñique enclenque,
lagartija con frac, ó humano arenque,
se enfurece y... no hay nada que le amanse:
luego le dá un soponcio!... en paz descanse.
No muramos, Zorrilla, de esta suerte,
que es afrentosa tan innoble muerte.
Mas.... te ries? Conozco tus caprichos...
tus actos desmintieron á tus dichos;
pues ante los altares de un Dios justo
probaste, buena alhaja, que tu gusto...
no ama huesos ni seco bacalao...
con que... estamos conformes.

WENCESLAO.

UN TRONERA.

SEGUNDA DIABLURA ROMÁNTICA.

I.

Tronera es un hombre de trueno, alocado, como si digéramos un calavera. De estos que hacen las

cosas y luego las piensan, que quieren á un amigo mas que á su dama y se desafian con él á muerte por una mala jugada de solo ó de villar. Que gozan en ver rabiar al prógimo y le dan una paliza sin mas intencion que la de divertirse. En fin, un calavera es un calavera y no digo mas por que todas las esplicaciones del mundo dejarian pálida é incompleta la definicion.

Pues hombre de este tenor era don Felix Crespo cuando tenia veinte navidades, y estas veinte navidades no sé si las cumplió el año 1840 ó el de 1800. Es verdad que tampoco sé cuando nació; pero por un cálculo prudente se puede asegurar que nació veinte años antes de cumplir las veinte navidades, y vengan Newtones y Mangiameles á demostrar que este no es un evangelio aritmético. Pero lo que menos importa es saber la fecha del nacimiento, de las veinte navidades y de la muerte de don Felix Crespo, ni quienes fueron sus padres (sobre este particular solo sé que su padre era un tal Crespo, hijo de otro que tambien se llamaba Crespo). Basta saber que don Felix vivia en Madrid y tambien decia que estudiaba, cosa que no le vieron hacer jamás, sin embargo de que en los cursos que estudió de gramática, siempre salió sobresaliente segun las certificaciones; en filosofia sobresaliente, en matemáticas sobresaliente, y en seis años de medicina tenia SSSSSS que á fuerza de eses podia ser un Sabio, un Salomon, un Séneca, un Sófocles, un san Simon y hasta un Serenísimo Señor Senador, cosa bien estraña por cierto. Los profesores le perdonaban todas las faltas y le mimaban. Unos lo achacaban á recomendaciones y otros á dinero; pero personas mejor informadas, me han dicho con mucha reserva, y yo suplico á mis lectores que guarden el secreto, que don Felix Crespo se presentaba á un catedrático y decia: si V. me reprueba le saco la lengua; si me dá mala nota le crucifico, y únicamente puede librarse de mis garras diciendo que soy un gran estudiante, un asombroso estudiante, el tipo de los estudiantes. El hombre que no queria verse sin lengua porque no le llamaran deslenguado, ni queria verse en la Cruz porque no tenia vocacion de mártir, por toda contestacion tomaba la pluma y escribia: «Don Fulano de Tal y otras yervas, caballero etc. y profesor etc... Certifico. Que don Felix Crespo, ha seguido el curso de este año con indecible constancia y aplicacion contestando en los exámenes como un papagayo á las preguntas que se le han hecho, por todo lo cual ha merecido la nota de sobresaliente, sintiendo yo que no haya otra mas sobresaliente que la de sobresaliente; pues en este caso bien la merecia el sobresaliente escolar don Felix Crespo. Y para que conste doy esta que firmo en Madrid etc. — Fulano de Tal y otras yervas.

Don Felix Crespo, era inclinado á todo lo raro y estravagante. Habia funcion en el Liceo ¿y se encontraba elegante? Pues se iba á casa antes á ponerse el frac mas roto y remendado y la corbata mas pobre y el pantalon mas amanzanado, es decir menos trabillesco. ¿Se trataba de ir á comer callos á una taberna? Allá se colaba don Felix con rico guante blanco, frac negro de toda moda y pantalon Casilareño, es decir abotinado y oprimido como cintura de doncella. En el café nunca hacia cosa á derechas. Si pedia dulce se lo habian de servir en vaso: si pedia sorbete se lo habian de dar en taza y si tomaba licores ó café era preciso que se lo dieran en la misma bandeja.

Sucedió un dia que paseando don Felix por el Prado pasaba un respetable anciano con dos chicas como dos luceros. En las facciones se echaba de ver que las muchachas eran hijas de su padre y que era su padre el que las acompañaba. Asi como á otro se le hubiera antojado enamorarse de una, á D. Felix se le antojaron las dos y sin andarse en chiquitas se encaminó ácia el papá y las hijas diciendo: ¡Oh queridos amigos! ¡cuánto deseaba ver á VV.! ¿Donde viven VV. ahora? — «Donde siempre; calle de... número.... cuarto....» contestó el padre tartamudeando y dijo el cuarto, el número y la calle..... pero, añadió ¿quién es V.? No tengo el gusto de conocerle. — No es estraño, respondió D. Felix; yo tampoco he tenido la fortuna de conocer á VV. hasta este momento venturoso pero procuraré que nos veamos mas á menudo. Y se despidió dejando á una chica estupefacta, á otra en Belen y al padre en Babia. Le entró tal temblor al bueno de don Agapito (asi se llamaba el padre), que le sonaban los faldones como si fueran cascabeles. Vamos, vamos á casa, dijo, que quiero dar órden de que llame quien llame no le abran la puerta.

Llegaron á casa y tiraron del cordon, nadie respondia; sin duda la señora mamá estaba tambien de bureo ó se habia dormido. Tilin, tilin, tilin. — Nada. — Tilin, tirilirin, lin lin tirilirin. — ¿Quién? — Abre, dijo don Agapito muy incomodado; pero ¡como se quedó el buen hombre cuando vió que el que le abria la puerta era don Felix Crespo, el calavera del paseo. A todo esto la señora salia de allá dentro llorando como una Magdalena. Una de las hijas se desmayó y se dejó caer en brazos de la madre, la madre se desmayó y cayó en los del marido, á este le dió una congoja y cayó en los de don Felix, y don Felix los tumbó á todos en el santo suelo diciendo á la muchacha

que estaba punto menos que para desmayarse; vamos que esto no merece la pena.

Y cuando los otros volvieron en sí no encontraron á la señorita ni á don Felix Crespo.

Poco tiempo despues se dijo que don Felix se habia espatriado con la hija de don Agapito pero nadie supo á punto fijo su paradero. Otros le daban en Madrid y suponian que habiéndose dejado crecer toda la barba y tapando sus espresivos ojos con unas antiparras verdes, de cuando el rey rabió, era imposible conocerle. Todos los dias ademas habia noticias de calaveradas poco comunes en la córte y todas ellas llevaban el sello diabólico del carácter de don Felix. Por ejemplo, se contó que habiendo visto á un tio cazador pregonando un conejo se conjuraron unos cuantos jóvenes para hacerle creer que era gallo. ¿Cuánto quiere V. por ese gallo? dijo el primero que salió.—No es gallo que es conejo, respondió el buen hombre y siguió su camino sin hacer caso de aquel tarambana mozalvete. Pero no anduvo muchos pasos cuando salió otro que le preguntó tambien. ¿Cuánto vale ese gallo?—No es gallo que es conejo, volvió á decir el hombre: no sin alzar la mano y bajar la vista por ver si no estaba en un error. Salió el tercero y le dijo ¿cuánto vale ese gallo? Volvió á mirar el conejo despues de restregarse los ojos el pobre cazador y decia para sí ¿si tendré yo la vista mala? Las orejas son de conejo, las patas son de conejo, no tiene alas ni pico, vaya no es gallo, no, y prosiguió gritando ¿quién me compra este conejo? Salió entonces de un portal un hombre con muchas barbas, agazapado detrás de unos anteojos verdes y por la gravedad del paso y del trage le tuvo el del conejo por un caballero formal. ¡Hombre que gallo tan hermoso! dijo este apareciendo súbitamente ¿cuánto vale? El del conejo volvió á mirar su prenda y despues de un buen rato de exámen y meditacion le alargó diciendo: dos pesetas.

Vivia en Madrid un boticario muy pobre llamado don Matías, que tenia roto un cristal del despacho y no pudiendo componerlo de otro modo, habia puesto un papel en el hueco que era de tercia en cuadro. A la noche siguiente de empapelar la vidriera dicen que pasó un jóven; metió la cabeza por el papel y dijo muy sereno: A Dios Señor don Matias. Puso el pacientísimo boticario otro papel que fué roto á la noche siguiente por la misma cabeza al saludo cargante de: A Dios señor don Matias. Amostazado el boticario juró vengarse y esperó al otro dia con un garrote de encina. El jóven calavera conoció que á la tercera podia costarle caro y dijo, si he de pagar yo que pague el demonio. Tenia en su casa una estátua no se sabe si era de algun sabio de algun santo ó de algun diablo; cojióla debajo del capote y tomó el trote ácia la botica. Buenas noches señor don Matias, dijo metiendo por el papel la cabeza de la estátua. El boticario que le esperaba muy armado de garrote levantó las dos manos y dejó caer la porra diciendo ¡págalas todas juntas arrastrado!

Y dió tal golpazo en la dura cabeza de la estátua que al estremecimiento de las maderas cayeron todos los demas cristales hechos arina. Cuando el boticario buscaba á la puerta el cadáver del insolente mozo que le insultaba, ya estaba este contando á sus amigos el estropicio que habia causado al desventurado don Matias.

Todas estas calaveradas que se divulgaban por Madrid hacian creer que don Felix Crespo no andaba muy lejos. Sin embargo de eso al cabo de un año se decidió don Agapito á ir á los toros y á la comedia con su única hija y su muger.

Era dia de gran entrada: no se si picaban Corchado ó Sevilla y si mataban Montes ó Romero, como que no me han contado tampoco la fecha de la corrida. Lo que si me han dicho es, que los toros eran muy malos porque amaban al prójimo como á sí mismos. Los toros son como los médicos y los militares que solo á fuerza de asesinatos adquieren celebridad. El último de este dia fué de prueba. Cuatrocientos caballos quedaron tendidos sin contar los heridos y contusos. Mató cinco picadores, veinte banderilleros, tres espadas y un alguacil. El cuarto espada tiritaba como un tembleque. Todo se le volvia: suerte de aquí, treta de allá, volteretas, y mas volteretas, y á todo esto llovian insultos sobre su alma que era una maldicion. ¡Anda ladron! ¡Anda cobarde! ¡Anda feo, asesino, borracho! de tal modo apurando su paciencia que no pudo menos de decir: si hay algun valiente que se atreva con la fiera que baje.

No habia acabado de decirlo cuando un mozo atolondrado saltó la barrera, le quitó la espada y con gran asombro del público se dirijió lleno de impávida serenidad al animal carnívoro. En su vida las habia visto mas gordas; pero le sucedia lo que á muchos valientes que sin conocimiento maldito de la esgrima suelen plantar una cuchillada al hombre mas inteligente y esperimentado. ¡Entra! dijo al toro tirándole el sombrero, ¡entra y acaba con esta humanidad! y asi que vió al toro cerca de sí esclamó: ¡Ah pobre zascandil que te gané por la mano!

El toro cayó cuan largo era, sin mover una pata siquiera. Una salva de ¡vivas! y una tempestad de palmadas del público impedian al presidente ha-

cer oir su voz que decia ¡Mozo vá V. á dormir á la cárcel por salir á la plaza sin permiso de la autoridad! El héroe de la fiesta era don Felix Crespo para que por eso se acobardara: ¿«La autoridad? contestó. Yo no sé ni he sabido nunca lo que es autoridad» y salió de la plaza entre los *bravos* y *vivas* de la multitud.

¡Era ese hombre funesto! ¡oyó decir á un viejo en la retirada; vamos, vamos lejos de aquí donde no nos vea. Entremos en un café, respondió la muger, y despues veremos si todavia hay villetes en el Príncipe. La hora era avanzada y cuando llegaron al teatro la funcion se iba á empezar solo quedaban dos asientos de cazuela números 5 y 7 y un sillon de la izquierda que tomaron sin reparo y se colocaron inmediatamente.

En el número 6 entre hija y madre habia una señora grave, toda vestida de negro y con el velo echado á quien instaron para si queria cambiar de asiento; pero era tan impolítica que rehusó dando por toda respuesta en seco: estoy aqui bien. La cazuela estaba mas agitada que de ordinario, parecia que hasta por el olfato conocian la aparicion de algun animal anfibio. La comedia estaba llena de lances que hacian estremecer á la madre y á la hija; pero cuando llegaron á la escena en que un jóven atrevido asediaba á una casada virtuosa sin fuerzas para resistir ¡Que inmoral es esto! dijo la madre. Pero V. conoce muy bien que pudiera ser histórico, respondió la del velo, y la madre se dejó caer sobre su hombro desmayada. La hija no advertia nada de esto embebida en otro incidente dramático de mucho interés. El seductor de la madre robaba una de las hijas y la arrancaba del seno paternal acaso para siempre y ¿donde la llevará? esclamó sollozando la jóven de la cazuela. Parece hermana de V. segun la interesa, contestó la del velo y la muchacha cayó tambien desmayada sobre el hombro derecho de la tapada. La cazuela era un laberinto, el teatro un guirigay, el escenario un galimatías. Don Agapito que presenciaba la catástrofe desde el sillon corria como un gamo á la cazuela. Cuando entró en ella todas las mugeres huian de la del velo como si fuera un basilisco. Don Agapito entró en sospechas y sin mas ni mas arrancó la blonda á la misteriosa tapada, dejando ver los ojos sarcáticos de Crespo y dos patillas como dos cepillos que hacian con el traje de muger un espantoso contraste.

Una docena de hombres se lanzaron sobre él y aunque ninguno supo si le habia pegado ó no, se le encontraron accidentado y casi moribundo al levantarse. ¡Yo muero! decia ¡que me lleven al Hospital! Ninguno queria cargar con él; pero don Agapito que hubiera deseado verle si era posible en la sala de los tiñosos, le tomó á cuestas y pian piano le condujo á donde solicitaba. Cuando entró en el Hospital se dejó caer el finjido moribundo y dando una carcajada satánica le dijo al fatigado D. Agapito ¿no es verdad que tengo mal peso para difunto? El viejo que conoció la pillada se quiso retirar avergonzado; pero Crespo se lo estorbó diciendo: poco á poco; ahora me toca á mí. Y agarrando á D. Agapito por la cintura le condujo á la sala de los locos. D. Agapito porfiaba que estaba en su sano juicio; pero como Crespo era conocido del colejio por haber estudiado medicina, fué creido de los practicantes que encerraron al buen viejo, dejándole por mucho favor en libertad las piernas y los brazos.

La luna entraba por la ventana que daba á la parte de Atocha y á su tibio resplandor se divisaban causando horror y miedo los visages de los maniáticos. Uno que se levantaba en camison á representar un pasage del Edipo, otro que defendia un pleito, otro que cantaba el entierro de sus padres concluyendo con un solo de seguidillas ó jota aragonesa, cuando vino á interrumpirles una loca escapada de la sala de mugeres que de un brinco se plantó en los hombros de D. Agapito, de otro se abalanzó á un garfio pendiente del techo y metiendo el pincho por debajo de la barba sacó los sesos pegados en la punta. Todos los locos se arremolinaron á contemplar tan aterrador espectáculo y hasta el supuesto loco don Agapito con los ojos encendidos y los labios vertiendo espumarajo cayó en el suelo sin sentido esclamando: ¡hija mia! ¡hacia un año que mi brazos paternales no la acariciaban!!!

Los rayos de la luna cada vez penetraban con mas esplendor en aquel asilo de desesperacion. Lágrimas frias resbalaban por las mejillas de don Agapito y la confusion de su cerebro casi no le dejaba oir el ruido de una calesa que pasaba y una voz que gritaba ¡D. Agapito! ¡D. Agapito! Asomóse como pudo á la ventana y en el metal de la voz que pronunciaba su nombre conoció al infernal Crespo.

—Y mi muger? dijo el desventurado viejo.

—No queria dejarme andar y la rueda de este calesin ha pasado sobre su pescuezo, contestó el caminante.

—¿Y ha muerto?

—Toma, no que no.

—¿Y mi querida hija?

—Aquí la llevo.

—¿Como que llevarla? Es mi hija.

—Si señor, pero yo me la llevo.

—Ella no le quiere á V.

—No lo sé, pero yo me la llevo.

—Es V. un tunante, un galopin, un villano.

—Si señor, pero yo me la llevo.

—Yo te maldigo, ¡infame!

Aquí dió una carcajada Crespo que hizo erizar los cabellos al viejo, y partió con la calesa sin dar otra contestacion que ¡Arre coronela!!!

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LOS CUMPLIMIENTOS.

No convengo, no transijo
Anton, con eso que dices,
aunque para convencerme
un año y cien me prediques.
Seré todo cuanto quieras,
un loco de atar, un simple,
un mameluco, un imbécil,
un abencerrage, un tigre....
todo esto y mas, buen Anton,
dejaré que me apellides
con tal de que hacer me dejes
mi voluntad y pax Christi.
Esto dice Blas á Anton,
y no le falta razon.

Tierra y agua, fuego y aire,
del mundo allá en el orígen,
Dios le dió al hombre, sin mas
condiciones ni arrequives
que aquello de la manzana;
pero el hombre incorrejible
atropellando por todo
quiso mostrar que era libre,
y se engulló la camuesa
y se engullera hasta quince
á no salir mas que á paso
de los floridos jardines
para dar feliz comienzo
á la atroz humana estirpe.
Pues bien, si la voluntad
es tan grande, tan sin límites
como atestiguan y prueban
aquellos tiempos tan vírgenes,
¿porqué hemos de consentir
que en los nuestros se esclavice
y se la dé torniquete
con tan poquísimo chiste?
¿No ves que todo es farándula
y pasatiempo y melindres....?
cada cual cumpla su gusto
sin que al de otro perjudique,
y dejémonos de farsas
de embelecos y perfiles.
«La sociedad, buen Anton,
la sociedad...! me repites,
estas y otras zarandajas
á cada sócio le exije.»
¡Cuerpo de tal...! niego y pruebo:
tu no entiendes el busilis
porque siempre de reata
el camino de otros sigues.
¿No ves, no ves que esas leyes
que al jénero humano afligen
son debidas á la cholla
de algun vagabundo insigne,
y que por matar al tiempo
las inventó el muy.... caribe?
Mas, tú te convencerás.
Oh!... yo espero correjirte
siempre que tu mis razones
con detencion examines
y á la luz de la verdad
como yo las miro, mires.
¿Qué razon hay para hacer
de un hombre formal un títere,
un danzante, una peonza,
un volatin, un belitre,
y de sus propios negocios
un.... en fin, corre-vé-y dile?
¿te casas, Anton...¡te casas!!
¿La dulce coyunda admites,
y en un dos por tres te encuentras
enlazado con tu Filis?
Corre, Anton, vuela, hijo mio,
que la sociedad lo pide,
y á tu abogado, y al médico,
y al juez, y á los alguaciles,
y al café, y á la tertulia,
y á todo el que quiera oirte
(aunque por tu buena ó mala
fortuna no dé un ardite)
anuncia, refiere, esplica
tu martirolojio, y diles:
«Señores... eh!... me he casado!
sépanlo, que no se olvide:
en tal parte hay una... choza...
y yo D. Anton Aguirre,
mi esposa... mi nuevo estado...
estamos para servirles.»
¿Tienes luego un heredero?
vuelta otra vez, no te enfries.
«Señores... tengo el honor
de ofrecerles, aunque humilde,
un servidor... por ahora
el anjelito no sirve....
pero su padre... y etcétera,
no digas mas, ya cumpliste.
¿Se muere doña Pancracia,
la muger de don Felipe,
á la que en vida y en muerte
apenas tu conocistes?
A casa de la difunta,
al duelo!.... y en faz de kyrie
á sollozar, y á ponerse
por cuatro minutos triste.
«¡Que lástima de señora!
¡Quien lo dijera!... morirse
así tan de sopeton....
¡ay!! y á los noventa abriles!!!
Acompaño á ustedes en
su afliccion.... ¡muger sublime!
y á la calle, aunque al salir
de puro contento brinques.
Pues digo, y del cumpleaños?
de dar dias, quien se exime?
¿Qué es ver entrar por la puerta
desde el toque de maytines
viejos, mozos y vetustas
llenas de cintas y dijes,
al casero, á los vecinos,
nodrizas y chiquetines,
que ván á cumplimentarte
y ván tambien lanza en ristre
al olor de los vinillos
y al sabor de los confites?
¡Que confusion!....uf!...los párvulos
unos lloran, otros rien,
y te rompen un espejo....
—D. Fulano muy felices.—
—Que de hoy en un año....—Gracias.—
—Que los cuente usted por miles.—
—Agradezco....—Pido á Dios,
que se conserve usted firme...»—
¡Ay, ay, ay!—ni la prudencia
del prudentísimo Ulises,
ni el inaudito valor
del jóven, gallardo Aquiles,
ni las colosales fuerzas

del bravo y membrudo Alcides,
son capaces de sufrir
tantos, tan fieros envites.
Oye, Anton; yo no pretendo
ser redentor de imposibles,
que á Cristo....pues!...no me agrada
que en vida me crucifiquen.
Pero primero que yo
á los cumplidos me humille,
y pierda el tiempo precioso
con sociales volatines....
te lo juro, iré á arrojarme
de cabeza en un algive,
ó á esconderme para siempre
en los senos de Anfitrite.

Esto dijo Blas á Anton,
muy cargado de razon;
y despues mondo y lirondo
se lo repitió á Tomas,
y como lo dijo Blas
se acabó, y punto redondo.

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

UN SUSCRITOR

á los escritores de la Risa.

Mil parabienes os doy
escritores de la *Risa*;
pues solamente riendo
se puede pasar la vida.
Fuera de mí los periódicos
que se llaman *progresistas*,
y tambien los *moderados*,
y el *Huracan* y *Guindilla*.
Pues si leo el *Castellano*,
y otros que decir podria,
lo hago solo por hallar
eso que llaman...*noticias*,
como «el domingo á las diez
se arrojó de una boardilla
un jóven desesperado
el cual se rompió la crisma.»
Poco despues...á las cuatro
se encontraron sin camisa
dos pobretes que salieron
á comerse una tortilla.»
Y aquello de variedades,
aunque todo es gran mentira,
me gusta mucho, como esta:
«En un pueblo de la China
que está cerca de Tonquin,
como unas doscientas millas,
ha aparecido un dragon
que se traga....¡¡LAS HORMIGAS!!
Pues señor....basta de anuncios,
volvámonos á la *Risa*;
á ti ¡oh Ayguals! se dirigen
las inspiraciones mias.
¡Loor eterno á tu chirumen
y á tu inclinacion festiva,
algun ángel te dictó
una idea tan magnífica.
Dejemos á esos periódicos,
que hablen solo de política
y que *ventilen* cuestiones
diciéndose picardias.
Si tiene razon el *Eco*,
si el *Heraldo* la tenia,
si dan las pagas corrientes
ó no dan paga maldita.
Y en vez de estas necedades
y de tanta algarabía,
escuchemos de Villergas
los satíricos epigramas;
los romances de Breton
donde la soltura brilla,
y del moro Abenamar
esas plumadas tan finas;
y de ti, querido Ayguals,
(permite que te lo diga),
que es lo mejor que tu has hecho
los tercetos de la epístola.
Tambien aplaudo en estremo
la mutacion de Zorrilla,
aquel que en versos sonoros
cantó visiones, desdichas,
en vez de hacernos llorar,
hará tendernos de risa.
Y con inquietud espero
que llegue el ansiado dia:
en que veamos de Vega,
aunque sean cuatro líneas.
Y el famoso Tirabeque
con sus gordas pantorrillas,
saque á relucir tambien
aquella cara maligna.
Muchos pudiera citar,
pues no me peta la envidia,
porque á quien Dios se la diere
San Pedro se la bendiga.
Aquí no hay mas, Wenceslao,
es mi constante divisa,
celebrar á un gran poeta
como al último cajista.
Por lo independiente que es,
estoy suscrito á la *Risa*
por eso paso con ella
de los domingos el dia.
Dan las diez de la mañana,
y tocan la campanilla;
—¿quien es?—el repartidor
dice muy sério—*la Risa*;
la cojo con ambas manos,
y empiezo: *Oda á las judias*...
Ayguals de Izco...bien... veamos...
ahora *el nombre de pila*,
el *geómetra* por Villergas,
y las reglas de cocina.
En esta parte integrante
mi imaginacion se anima,
que el problema se reduce
á ejecutarla en la hornilla.
Y ¿qué me importa que el *Eco*
traiga estupendas noticias,
con la muerte de Camacho
y agentes de policía?
y que Zurbano entró en Reus,
que se pronunció Sevilla
tambien Tortosa y Teruel,
y una parte de Galicia;
de nada se me dá un bledo,
sabiendo como se guisa
la menestra de pepinos,
y el cocido de vigilia.
Mas me canso de escribir
¡miserias de nuestra vida!
son las doce, y en la cama
me espera mansion tranquila,
en donde todo se acaba,
en donde todo se olvida,
por hoy; me voy á dormir,
nos veremos otro dia.

E. L. P.

AMBIGÚ.

Manteca de pimientos.

Esta se hace mezclando la manteca con suficiente cantidad de pimientos en polvo.

Ramillete para la olla.

Se junta una porcion de peregil, tomillo, cebollas y una hoja de laurel, y se ata con un bramante para que no se deshaga. Este ramillete sirve para cualquier cocido, poniéndole en la olla el tiempo que se juzgue necesario.

Pebre comun.

Se toma una cazuela, cuyo fondo esté aderezado con lonjas de tocino, ternera ó carne de vaca cortada en pedazos menudos, sazonado todo con sal, pimienta, peregil, cebolleta, tomillo, laurel, algunos clavos de especia: cebollas y zanahorias cortadas en rebanadas. Allí se coloca todo lo que tenga que cocerse, añadiendo un vaso de vino blanco y agua, y mucho mejor de caldo, para que todo quede suficientemente bañado; se coloca despues á un fuego templado y contínuo, cerrándole de antemano lo mas herméticamente que se pueda, para impedir la evaporacion.

Se señala con el nombre de salsa blanca la que se hace con algunas lonjas de tocino y trozos de ternera con una sazon semejante, y no se hace uso de ella sino en las piezas pequeñas, como pollitos, pichones; pero respecto á las mayores sobre todo para aderezar una pierna de carnero, se debe usar de la primera.

Alcaparras y mastuerzos confitados.

Se ponen las alcaparras en buen vinagre, añadiendo un poco de sal: advirtiendo que para que no se pasen, debe subir el vinagre dos pulgadas sobre ellas; y en cuanto á los mastuerzos, solo se necesita dejarlos secar á la sombra antes de echarlos en el vinagre.

Caramelo.

En un cazo de cobre sin estañar, pero muy limpio se pone á un fuego bastante vivo una cantidad de azúcar blanca, removiéndola hasta que haya adquirido un color moreno. Se retira el cazo del fuego, y se añade igual cantidad de agua, meneándolo hasta que se mezcle bien. Esto sirve por lo regular para dar color al cocido, las salsas etc.

Pepinillos confitados.

Se limpian y estriegan con un lienzo áspero los pepinillos grandes ó pequeños: se les polvorea luego con sal comun, y pasado algun tiempo se les echa en agua fresca: se sacan de allí y se dejan escurrir, y despues se echan en una vasija de porcelana, añadiendo cantidad suficiente de estragon, pimienta larga, cebollino y un poco de ajo. Se cubre todo con vinagre hirviendo, y despues de veinte y cuatro horas se retiran, se les hace hervir, echando de nuevo el vinagre hasta tres veces, y despues que se enfria se cubre la vasija con pergamino húmedo, y se la conserva al abrigo de la luz y de la humedad.

Alcachofas.

Se toman las de otoño, se les quita la pelusa y se corta la estremidad de las hojas, y despues de haberlas limpiado se echan en agua hirviendo y se dejan secar. Se colocan inmediatamente en zazos, y se ponen al horno á un calor moderado por espacio de una hora, para esponerlas luego al aire. Se repite esta operacion hasta que estan perfectamente secas, para conservarlas en un sitio enjuto, y servirse de ellas cuando ocurra.

Esencia de ajo.

Se pone en un cazo sobre fuego una botella de vino blanco y medio vaso de vinagre; y la cantidad de seis cabezas de ajos, otros tantos clavos de especia, un cuarto nuez moscada y dos hojas de laurel; y cuando todo está próximo á hervir, se disminuye el fuego y se le deja sobre la ceniza caliente por espacio de seis ó siete horas; se pasa luego todo por un tamiz para consevarlo en limetas bien cerradas, y emplearla en pequeñas dósis en una infindad de circunstancias.

Esencia de caza menor.

Se ejecuta la misma operacion con todos los restos de aves menores de toda especie, y entre la caza de pelo la liebre, conejo y cabritillo.

Sale una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, asi en Madrid como en las provincias, advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de *cuatro* entregas lo menos.

Ademas de la *Risa* publica la SOCIEDAD LITERARIA otras dos obras de lujo á saber: LA GALERIA REGIA Y VINDICACION DE LOS ULTRAGES ESTRANGEROS, con magníficos retratos de cuantos reyes han ocupado el trono de España, su historia y la de nuestras ciencias y artes desde la mas remota antigüedad, y el TESORO DE MORAL CRISTIANA, coleccion de lo mas selecto que se ha escrito sobre religion, formando los *Santos Evangelios* el primer tomo, con preciosas láminas. Estas obras han merecido los elogios de toda la prensa por su elegancia, lujo y baratura. Estan á cargo de los primeros literatos de España.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerias de *Cruz*, de *Razola* y de *Denné é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la RISA.

No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.